

EL BUEN HUMOR DE LOS SANTOS

El 17 de mayo de 1992 fue beatificado en Roma Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, por su Santidad el Papa Juan Pablo II. Al cumplirse un año de este feliz acontecimiento, queremos resaltar una de las virtudes más humanas y atractivas de este aragonés universal: su buen humor.

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer con un grupo de profesionales de diversos países



IGNORO si los ángeles tienen sentido del humor, aunque me inclino por una respuesta afirmativa, al recordar las preguntas que hicieron a María Magdalena la mañana de la Resurrección de Jesús y a los apóstoles, el día de la Ascensión. En cambio, estoy seguro de que los animales —incluida la hiena, y no obstante las muecas que Darwin provocó en algunos chimpancés— no sonríen ni poseen sentido del humor. El humor es exclusiva característica de seres inteligentes y concretamente del hombre, el único animal risible en palabras de Aristóteles.

Por eso sostengo también que Jesucristo tuvo un maravilloso sentido del humor. Negarlo implicaría rechazar, de una parte, la naturaleza humana de Jesús; y de otra parte, poner en duda su Divinidad que le hacía ser infinitamente feliz. Ciertamente, Jesús no podía reírse de sus defectos, porque no los tenía; como tampoco podía reírse de los defectos ajenos, porque es la Misericordia por antonomasia; o soltar una carcajada destemplada y extemporánea, que es el privilegio del necio. Pero la alegría y el buen humor no se agotan en esas tres posibilidades.

Los santos son santos porque se han identificado con Jesucristo. Por tanto, aunque las diferentes espiritualidades ofrecen una notable variedad, estrictamente hablando no es concebible un santo triste. S. Francisco de Sales lo expresó certeramente: «un santo triste es un triste santo». Frase que es la versión ginebrina de lo que otra gran maestra de alegría, Teresa de Jesús, dijo medio siglo antes: «de devociones necias y santos de rostro desabrido, líbranos Señor».

Otros muchos santos resaltan por su alegría. El buen humor de Sto. Tomás Moro, manifestado incluso a la hora del martirio, es también popular. Y lo mismo se podría decir de S. Felipe Neri, personificación de la jovialidad. En los más de veinte años vividos y trabajado junto al Beato Josemaría Escrivá, he presenciado muchísimas anécdotas que evidencian su sentido del humor.

Camino, el primer libro suyo que alcanzó resonancia mundial, comprende 999 puntos. No era de extrañar que ese hecho llamara la atención, porque saltaba a la vista la tentación de añadir un número más hasta llegar a los mil. El autor prefirió quedarse en los 999, un guarismo con tres nueves: en cada nueve, tres veces el tres; y en cada tres, tres unos. Era un modo de dar gloria a Dios,

Uno y Trino. No faltó alguno que pretendió encontrar en esa delicadeza de amor quién sabe qué tenebrosas conexiones con el número 666, que el Apocalipsis atribuye a la Bestia. El Beato Josemaría sonrió, rezó, calló y esperó... Su respuesta pública a esa calumniosa insinuación llegó sólo en 1986, once años después de su fallecimiento, al aparecer de modo póstumo otro libro suyo, Surco. Su punto 1.000, y último, dice: «Escribo este número para que tú y yo acabemos el libro sonriendo, y se queden tranquilos los benditos lectores que, por simplicidad o por malicia, buscaron la cábala en los 999 puntos de Camino».

Todos los que, con conocimiento de causa, han publicado perfiles o biografías del Fundador del Opus Dei coinciden en que uno de los rasgos característicos de su personalidad era el buen humor. Salvador Bernal escribe: «Me resulta francamente dificultoso describir la imagen de plenitud que guardo desde que le conocí personalmente el 8 de septiembre de 1960. Fue en el pequeño jardín del Colegio Mayor Aralar de Pamplona, junto a más de cien estudiantes, que le acosamos a preguntas durante casi una hora. Aprendí bastante aquella tarde. Quedé removido por dentro. Me sorprendió su sentido del humor. Todos reímos mucho. Tuve la convicción de estar muy cerca de Dios. Y además, quizá como síntesis de todo esto, lo pasé en grande: fue una hora deliciosa».

Más de una vez, dirigiéndose a miembros del Opus Dei, le oí decir: «Os dejo como herencia, en lo humano, el amor a la libertad y el buen humor. Y en otras ocasiones, especificó también la necesidad sobrenatural de esa alegría: «Buen humor, que es esencial para nuestra entrega; santos con buen humor, que sí no, no val». Así los años pasan sin dejar arrugas en el corazón y no hay mal genio que valga: «el buen humor es manifestación externa clara de que hay en el alma una juventud perenne». De hecho, para subrayar la necesidad de la juventud de espíritu, solía poner como ejemplo la broma que gastaba a las mujeres del Opus Dei: «les digo, cuando tienen veinticinco años, que después de los veinticinco cumplen los veinticuatro, luego los veintitres, los veintidós... Al llegar a los

veinte, vuelven a subir, pero sólo hasta los veinticinco. Y así toda la vida».

Las estrecheces económicas que soportó para sacar adelante el Opus Dei fueron una ocasión muy frecuente para sus salidas de ingenio. Cuando se consiguió la casa que ahora alberga la curia de la Prelatura en Roma, los anteriores ocupantes tardaron en desalojarla, y el Fundador y los que le acompañaban se vieron forzados a vivir varios años en el pequeño edificio que había servido como vivienda para los porteros. El Beato Josemaría Escrivá tuvo que dormir en el suelo durante bastante tiempo, por falta de camas suficientes, y utilizó como almohada un grueso libro de teología: «aunque no fuera más que por eso, tengo la obligación de ser un buen teólogo», ironizaba sonriendo.

Para referirse al nacimiento del Opus Dei en 1928, afirmaba: «Tenía yo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más». Otras veces dijo de sí mismo que era «un fundador sin fundamento», «un pecador que ama a Jesucristo». Es claro que los dones que Dios le concedió no fueron ocasión de que se tomara a sí mismo en serio, que es lo que hace el soberbio. Hasta la trascendencia del arrepentimiento por nuestros pecados encontraba en su predicación un tono jocoso, pero sacerdotal: «La contrición, ¡que buena es! Los italianos dicen de las tazas de café que hay que tomar no menos de tres ni más de treinta y tres. Otros que cuantas más, mejor. Pues igual con los actos de contrición».

«Propósito sincero: hacer amable y fácil el camino a los demás, que bastantes amarguras trae consigo la vida», escribió el Fundador del Opus Dei. Su buen humor les brindó sólidos instrumentos para esa tarea. Pudo ofrecer así a miles de personas la posibilidad de descansar unos instantes en el camino ascético, y nos sigue invitando a hacer nosotros lo mismo.

José Luis Soria. Es autor, entre otras obras, de un libro sobre el Fundador del Opus Dei, Maestro del buen humor (en prensa). Es sacerdote de la Prelatura del Opus Dei y reside en Montreal.

PROPIEDAD DEL
EXCMO. CABILDO METROPOLITANO
Redacción y Administración:
Plaza del Pilar, 21 • Teléfono 39 58 63 •
ZARAGOZA
Depósito Legal: Z-135-58
CON CENSURA ECLESIASTICA

EL PILAR

QUINCENAL CATOLICO • Fundado en 1883

DISTRIBUIDO EN 56 PAISES

Director: Eduardo Torre de Arana
Secretaría de Redacción: Rosa Torre
Fotógrafos: Romero, Atienza

Imprime: Talleres Generales de Imprenta de Aragón, S. A.
Carretera de Madrid, km. 316 - 50012 ZARAGOZA